

01

## **Mi encuentro con Jurenito. El diablo y la pipa holandesa**

**E**l 26 de marzo del año 1913, estaba yo sentado, como siempre, en el café de la Rotonde, en el bulevar Montparnasse, ante una tacita de café, hacía tiempo ya vacía, esperando inútilmente que alguien viniese a liberarme pagándole al camarero los seis sous<sup>1</sup> adeudados. Semejante método de manutención lo había descubierto durante aquel invierno y lo llevaba a cabo con brillantez. En efecto, casi siempre, un cuarto de hora antes de que cerraran el café aparecía algún inesperado libertador: una poetisa francesa, cuyos poemas yo había traducido al ruso; un escultor argentino, el cual, no sé por qué, esperaba vender por mediación mía su obra «a uno de los príncipes Chtiukin»; un tahúr de nacionalidad desconocida que me había ganado una considerable suma en casa de mi tío en San Sebastián, y sentía, por lo visto, remordimientos de conciencia, o, finalmente, mi vieja aya, que había venido con los señores a París y que había caído, probablemente por descuido del policía que no había visto bien la dirección, en vez de en la iglesia rusa que hay en la calle Daru, en el café a donde iban los rusos indigentes. Esta última, además de los susodichos seis sous, me regalaba un gran panecillo, y enternecida me daba tres besos

---

<sup>1</sup> *Sou*: Moneda francesa de cobre por valor de cinco céntimos de franco.

en la nariz. Tal vez como consecuencia de estas inesperadas liberaciones, o tal vez por influencia de otras circunstancias, tales como: un hambre crónica, la lectura de los libros de León Bloy y los diversos líos amorosos, me había vuelto de un temperamento un tanto místico, y creía ver en los más insignificantes acontecimientos ciertas señales del cielo. Las tiendas vecinas de ultramarinos y verduras me parecían los círculos del infierno, y la bigotuda panadera con su moño alto, una honorable mujer de sesenta años, un desvergonzado efebo. Estudiaba con detalle la invitación a París de tres mil inquisidores para quemar públicamente en las plazas todos los aperitivos existentes. Después me bebía un vaso de absenta, y medio borracho empezaba a declamar versos de santa Teresa, demostrando a todos los que llegaban a la taberna que ya Nostradamus había presagiado en la Rotonde un criadero de escolopendros mortíferos, y a media noche me ponía a golpear inútilmente las puertas de hierro de Saint-Germain-des-Prés. Solía acabar la noche en casa de una amante francesa, con bastante experiencia en el asunto, aunque buena católica, de la cual exigía en el momento más oportuno que me explicara en qué se diferenciaban los siete pecados «mortales» de los siete «capitales». Así, poco a poco, iba pasando el tiempo. Aquella noche memorable me encontraba sentado en un oscuro rincón del café, sobrio y extraordinariamente sereno. A mi lado jadeaba un español gordo completamente desnudo, y sobre sus rodillas gorjeaba una muchacha lisa y huesuda, también desnuda, pero con un amplio sombrero que le cubría la cara y unas botas doradas. A mi alrededor, diversas personas, más o menos desvestidas, bebían mar y calvados. El motivo de este espectáculo, bastante corriente en la Rotonde, se debía a un baile de disfraces organizado por la Academia Neoesandinavá. Pero a mí, desde luego, todo aquello me parecía

una clara movilización de los ejércitos de Belcebú dirigidos en contra mía. Hacía distintos movimientos con el cuerpo, como si nadara, para protegerme del sudoroso español, y sobre todo de los gruesos muslos que me enseñaba la modelo. Inútilmente buscaba en el café a la panadera o a alguien que pudiera reemplazarle, es decir, al mariscal en jefe inspirador de aquella monstruosa acción.

La puerta del café se abrió, y entró pausadamente un señor normal, con sombrero de hongo y un impermeable de hule gris. A la Rotonde entraban exclusivamente extranjeros, pintores o simples vagabundos, gente de mala pinta; por eso, ni un indio con plumas de gallina en la cabeza, ni mi amigo, que tocaba el tambor en un *music-hall* con un sombrero de copa color arena, ni la pequeña modelo, una mulata cubierta con un brillante kepis de hombre, llamaban la atención de los parroquianos. Pero un señor con sombrero de hongo resultaba tan exótico que todos en la Rotonde se sobresaltaron y quedaron en silencio durante un minuto. Después se desencadenó un murmullo de asombro e inquietud. Sólo yo lo había comprendido desde el primer momento. En realidad, bastaba con mirar atentamente al recién llegado para comprender el motivo exacto del enigmático sombrero de hongo y del amplio impermeable gris. Sobre las sienes y bajo los rizos, claramente sobresalían unos fuertes cuernos, a la vez que el impermeable trataba, inútilmente, de ocultar un puntiagudo rabo que se erguía belicosamente. Yo sabía que la lucha era inútil y estaba preparado para el desenlace. En sueltos retazos atravesaron mi mente lejanos recuerdos: la negra dacha cerca de Moscú, yo de niño en la bañera, rosadito e indefenso, los paseos con la colegiala Nadia por el bulevar Zuvroski, las tardes en Siena sobre la escarpada colina con olor a mirtos. Estas dulces visiones me alejaron del poderoso e invencible rabo.

Esperaba un rápido castigo, una burla, el tradicional zarpazo, o tal vez, sencillamente, una imperiosa invitación a seguirle hasta un taxi. Pero el verdugo dio muestras de un raro dominio de sí mismo. Se sentó en la mesita de al lado y, sin mirarme, desdobló el periódico vespertino. Por fin, volviéndose hacia mí, entreabrió la boca. Yo me levanté, pero al momento sucedió algo totalmente inconcebible. A media voz, incluso con cierta indolencia, pidió al camarero: «Un vaso de cerveza», y un minuto después sobre su mesa espumaba una estrecha copa. ¡El diablo bebe cerveza!, Eso ya no pude soportarlo y de una manera cortés, aunque con cierta inquietud, le dije: «Su espera es inútil. Estoy dispuesto. A sus órdenes. He aquí mi pasaporte, un librito de poemas, dos fotografías, cuerpo y alma. Así que según parece viajaremos en coche, ¿no?...». Repito que yo trataba de hablar de una manera tranquila y diligente, como si no se tratara de mi perdición, pues enseguida había comprendido que mi demonio era de temperamento flemático.

Ahora, al recordar aquella lejana noche, que fue para mí el camino de Damasco, me inclino ante la clarividencia del Maestro. Al oír mis ininteligibles palabras, Julio Jurenito no se desconcertó, no llamó al camarero, no se fue. No, me miró tranquilamente a los ojos y dijo: «Ya sé por quién me ha tomado usted, pero se equivoca, yo no soy él». Estas palabras no diferían demasiado de las afirmaciones que solía hacer el doctor que trataba mi enfermedad de los nervios, y no me parecieron menos sinceras, admirables y aborrecibles. Todo mi armonioso edificio se desplomó, pues al margen del demonio no tenía sentido ni la Rotonde ni yo mismo ni todo lo bueno que existiera en lugar alguno. Me sentí morir y me agarré a mi última tabla de salvación. «Pero el rabo, el rabo...» Jurenito sonrió brevemente: «No hay tal rabo ni de gran danés ni afiladito ni nada. Trate de

vivir sin rabo. Ya ve, a usted como a mí nos gustan las pipas. Yo poseo una magnífica colección: inglesas de brezo añejo, «Tres B», húngaras de cerezo, turcas de arcilla roja levantina con boquillas de jazmín, holandesas...».

No pude soportarlo y comencé a gemir suavemente, mirando como última esperanza el rabo que se levantaba hacia el lado izquierdo. Entonces, Jurenito, desabrochándose el impermeable, sacó del bolsillo lateral de su pantalón una larga pipa holandesa muy ennegrecida por el humo y perdí toda esperanza, pues de pronto el rabo ya no estaba allí. Por si fuera poco, Jurenito se quitó el sombrero hongo y los imaginarios cuernos resultaron ser duros y espesos rizos como los de un negro. Acongojado y estremecido miré al involuntario embustero, en tanto que Jurenito encendía tranquilamente su pipa.

De ningún modo me alegró el que no fuera un enemigo, el que ello hubiera sido tan solo una disparatada invención mía. Al contrario, junto con el diablo desapareció todo mi bienestar. Aunque se tratara del infierno, no obstante hubiera sido algo real, comprensible, tangible. Me sentía como en un desierto, y con el deseo de hallar algún punto de apoyo entre las arenas movedizas pregunté a Jurenito: «Bien, supongamos que él no existe. Pero al menos ¿hay algo que exista?...». Julio sonrió de nuevo, mostrando unos dientes tan iguales y blancos que me recordaron los anuncios de los tranvías: *Utilice solamente pasta Dentol*, y cortésmente, casi con culpabilidad, contestó: «No». Este «no» me sonó como si le hubiese preguntado si tenía cerillas o si había leído el último número de la revista Comedia.

«¿Pero en qué se funda todo esto? ¿Quién dirige a ese español? ¿Hay en él algún sentido?...»

«Ese español nació hace treinta años. Vino desnudo y luego se cubrió de pelo. Se hace pasar por decorador, pero en realidad es un especulador de la Bolsa. Hoy ha ganado

cuarenta luises. Está contento. Su estómago trabaja puntualmente, los demás órganos también. Acaba de cenar por tres francos, incluyendo el vino, y ha alquilado a esa muchacha por cinco francos. Después perderá en la Bolsa veinte luises, enfermará de gota y beberá agua fétida. Luego morirá, se descompondrá, y sobre su tumba crecerá la hierba, esa con la que juegan los niños a “el gallo o la gallina”. Por supuesto que les está permitido a ustedes el gratuito placer de encontrar en ello un oculto sentido y un misterioso fin.»

«No —no pude contenerme y grité—, ¡eso no puede ser! ¡Usted no tiene rabo, pero usted es él! El bien existe, ¿comprende? ¡Lo eterno, lo absoluto!» Jurenito no se inmutó, ni siquiera levantó la voz: «De verdad, no soy el diablo. Usted me adula demasiado. Además, ¡ay!, ¡no existen esas encantadoras criaturas! Puede dormir tranquilo, incluso sin necesidad de bromuro. El bien tampoco existe. Ni el otro, el de las letras mayúsculas. Lo imaginamos. Lo pinta nuestro aburrimiento. ¿Cómo puede haber Dios sin diablo? ¿El “bien”, dice usted? Vamos, mire a esa muchacha, hoy no ha comido. Como a usted, le gustaría comer, siente un hueco en el estómago, pero no puede decirlo y tiene que beberse ese licor dulzón y viscoso. Siente náuseas. El español también le produce asco, tiene unas manos frías, húmedas, que reptan, que se deslizan. Ella tiene un hijo que ha dejado en el pueblo al cuidado de una mujer, a la que debe pagar cien francos al mes. Hoy ha recibido una carta, el muchachito se ha puesto enfermo, el médico, las medicinas, etc. Gana un dinero extra, y encima muéstrate alegre en el baile, por favor, y además no seas la señorita Margot, sino la cartaginesa Salambó. Besa al español en los labios que parecen caracoles resbaladizos, dale besos rápidos y entrecortados como si estuvieras loca de pasión, tal vez te dé veinte sous de más. En una palabra, que la vida es un continuo absurdo. Y he aquí que a causa de este

absurdo, todos vuestros santos y místicos se caen por su propio peso. Por supuesto que con todo repartido en dos columnas: lo bueno y lo malo. Y al más pequeño error surge la confusión. ¿Y la justicia? ¿Por qué no se inventan ustedes un patrón mejor, en cuya finca no se den tales desórdenes? ¿O acaso creen que el mal es una “prueba”, una “expiación”? Esa es una justificación pueril, y en absoluto se trata de un asunto pueril. ¿Es así como él pone a prueba a esa muchacha? ¡Vaya con el Misericordioso! ¿Y por qué no pone a prueba también al español? Él posee una balanza sin pesas. ¿En el otro mundo? ¡Sí, sí! Y ese mundo ¿dónde está? ¿En qué mapa? Mientras tanto esa alma es una abstracción, pero los pies y las manos cuando mueres empiezan a oler, luego se convierten en huesecitos y luego en polvo.»

Guardé silencio abrumado por este discurso. Pero de pronto, de todo este absurdo caos que daba vueltas en mi cabeza se desprendió un punto pequeño y negro. Me agarré rápidamente a él. «Aunque así sea, aunque no exista un creador, ni un sentido, ni el bien, ni la justicia, existe la nada. Y si existe la nada, eso significa que existe la realidad, el sentido, y que existe el espíritu y el Creador.» «Amigo mío, es usted incorregible, pues su “nada” tampoco tiene rabo. Pero aquí está la pipa, aquí estoy yo y ahí está el español. Todo eso de que nada existe y, por ello, todo existe es una falacia. Acaba de morir Janstarichok. El pequeño Janchik llora por primera vez. Hace un instante llovía, ahora ha escampado. El mundo gira, da vueltas. Así es todo...»

«Pero así no se puede vivir. Eso es infame, vergonzoso, y además innecesario!» «¿Qué le vamos a hacer, nosotros no hemos elegido! Nos han colocado ante los hechos consumados. La casa ya estaba amueblada. A unos les gusta mucho, les resulta confortable. Otros se sublevan, y, mientras tanto, se dedican tranquilamente a cambiar los cuadros de una pared a otra...»

En ese momento, una espléndida a la par que sencilla idea me vino a la mente. Creo que provenía de Jurenito, y que fue esta la primera revelación que me hizo. Sin prestar atención a los parroquianos ni a los camareros, me levanté de un salto, eché a un lado la mesa y comencé a gritar: «Pero entonces, ¿se puede destruir la casa?». Julio asintió con la cabeza y me propuso comer con él. «Es un deseo totalmente legítimo. Vamos a ocuparnos de ello». Pensé que probablemente sería anarquista, en España había muchos, y susurrando le pregunté: «¿Bomba? ¿Máquina infernal?». «Es usted un niño encantador —contestó él—, con una bomba se puede eliminar a una pareja de gruesos gendarmes, y lo más a algún rey que colecciona muñecos chicos y que le apasiona jugar al tenis. Nosotros nos ocuparemos de otras cosas.» Me di cuenta de que preguntar era una torpeza, así que inclinándome ceremoniosamente dije: «Yo seré su discípulo, fiel y aplicado. Enséñeme la verdad. Pero deme algo real, si no puedo enloquecer esta noche o mañana por la mañana». Sacó de su bolsillo una pequeña pipa de cáñamo y me la extendió. «Carga este buen cabo y fuma. Eso es la verdad.»

Cenamos, después del queso Jurenito pidió dos copitas de Clos Vougeot, y de nuevo me aseguró que eso, el Clos Vougeot, era una realidad y no un sueño. Ya amaneciendo, en la Academia Neoescaandinava me presentó a una sueca gordita, vestida con una túnica transparente, que parecía un panecillo recién hecho untado con mantequilla casera. Él dijo: «Esto es real, esto no es el Bien» —y me golpeó amistosamente en el hombro—. Y ahora, ¡buenas noches! ¡Hasta mañana!»



06

## Distintas opiniones sobre el amor

**E**n el presente capítulo citaré algunas de las opiniones del Maestro sobre el amor. Las malas lenguas afirmaban que Jurenito era un libertino, que violaba a las muchachas y que llevaba consigo en un baúl especial una especie de monstruo, mitad mujer, hallado por él en la cima de los Andes, para satisfacer su sobrehumana concupiscencia. Todo eso era una hábil mentira. Yo estoy relatando la vida del Maestro, capítulo tras capítulo, sin ocultar nada. Sobre el amor carnal y sobre las pasiones, el Maestro habló siempre con tranquilidad, limpieza y facilidad, sin turbación, sin risitas ahogadas, silencios y palabritas babosas. Con la misma atención observaba a una colegiala de quinto curso bajo cuyo mandil sobresalía un pecho incipiente, que pudorosamente se acercaba a él para pedirle un autógrafo, que el colosal espectáculo de la cópula de dos toros rabiosos y de ojos sanguinolentos.

Una vez, pasando junto a un toro que enfurecido y atormentado montaba a una ternera, el Maestro se quitó el sombrero y ante la asombrada pregunta de míster Cool contestó: «Yo repito su gesto aburrido y convencional. Quítese usted también el sombrero, míster Cool. Ya que hay que descubrirse la cabeza (que además es algo higiénico), que no sea ante descoloridas bellezas con hálitos dorados, ni ante un cadáver

que ya ha empezado a oler. No, que sea aquí ante ese gesto del labrador que ara la dura tierra, ante el que angustiado arroja la semilla, ante el sudor, ante la sangre, ante la vida».

Míster Cool, sin duda, consideraba al Maestro como un hombre profundamente inmoral y depravado, lo que por otro lado, según su opinión, no le impedía ser un buen guía. Pero, a veces, el americano se ponía a fastidiar al Maestro con equívocos sermones. Recuerdo cómo una mañana, al encontrarse en el jardín con nuestro misionero, Jurenito dijo: «Míster Cool, ayer, al acostarse, en mi mesita de noche encontré un folleto sucio y rastrero. Yo mantengo limpia mi habitación, duermo con la ventana abierta porque me gusta el aire fresco, y no puedo consentir semejantes apariciones. Tenga la bondad de detener su actividad a la puerta de mi dormitorio». «¿Bromea usted? Le traje un trabajo de gran talento y absolutamente moral realizado por un joven predicador *Sobre la vida Conyugal según las enseñanzas del Apóstol Pablo*. «Es precisamente de esa escabrosa literatura de lo que le hablo. Antes de ella, existían los estambres y los pistilos, el macho cabrío y la cabra, el joven y la muchacha. Llegaron entonces nuestros apóstoles y profetas, los Padres de la Iglesia y todos los castrados manifestando que lo sublime era vergonzoso y lo digno apenas soportable. Cultivaron los castigos, el vil secreto en el rincón y la pureza, es decir, la anémica y caquética impotencia que degenera en perversión. En lugar de pintar al primer hombre en primavera, arrojando apasionadamente a la mujer sobre la hierba, lo colocaron junto a una adornada cama en la que solo le estaba permitido, debido a su humana y por consiguiente baja y lamentable condición, dormir con su esposa legítima. “Por supuesto que es mejor que no os caséis”, aconsejaba el apóstol. ¿Habéis pensado en esto? “Es mejor que no procreéis.” Instauraron el culto a la madre, y rodearon su pecho de una luz angelical, la llevaron al templo,

pero el camino hacia dicho templo estaba cubierto de barro y de los repugnantes escupitajos de los monjes. Como no podían castrar a toda la humanidad, pues no había pólvora suficiente, fueron “tolerantes”. No os asombréis si el mundo se transforma en un inmenso “prostíbulo”. Vosotros dijisteis: “la sensualidad es mala”, y millones de personas lo creyeron. Se pusieron cilicios y se dedicaron a la inútil tarea de pensar día y noche en cómo mantener el corcho bien apretado sobre una botella de gaseosa. ¿Dónde, en qué prostíbulo se piensa tanto en la sensualidad como en la celda de un asceta o en el cuartito de una solterona? Piensa, sin haberlo experimentado, en la debilidad del cuerpo; sueñan con la eterna Virgen o con el Novio Celestial. Otros, la mayoría, deciden: es malo, pues que sea malo. Aquello que podía ser sagrado se ha convertido en un vertedero de basura. En lugar de un delicioso mito es una tabaquera con dos tapas: en la primera un paisaje o un *nomeolvides*, y en la segunda, secreta, solo para los amigos, alguna obscenidad. Esta tabaquera, es decir, su librito espiritual, míster Cool, fue lo que yo, preocupado por la limpieza y la higiene, me he visto obligado a retirar de mi habitación a toda prisa.»

El Maestro odiaba la institución del matrimonio, considerando mucho más elevada incluso la prostitución. A causa de esa actitud se vio obligado a entablar batalla con una sociedad hostil y estancada. Por ejemplo, una vez apareció en nuestra casa un conocido de Jurenito, el vizconde Lenido, muy excitado y agitando un bastón. La historia de este joven de familia ilustre era la siguiente: una vez que hubo perdido en el casino de Viareggio los últimos restos de su herencia, y hubo contraído todas las deudas imaginables e inimaginables, conoció a una vieja americana llamada miss Jops, que estaba sedienta de amor, de tiernas declaraciones y de blasones en su tarjeta de visita. Lo único

que queda por añadir es que Miss Jops era extraordinariamente fea, tanto que su cara no parecía ni por asomo una cara. Desnuda, y desvergonzadamente apasionada, exigía sin ninguna timidez en la playa que su novio la abrazara por la cintura o le tocara el pecho. Cuando recibió la notificación de la boda, el Maestro se empezó a preocupar por el triste futuro de esta pareja. No fue a la boda, pero envió como regalo un gran chai de fabricación mejicana y una separata de «almanaque de agricultura» que hablaba del método de apareamiento de un caballo y una burra. En tales ocasiones, al caballo le mostraban una yegua primero y luego le vendaban herméticamente los ojos. Jurenito adjuntaba el pañuelo, proponiendo que se utilizara este método con miras a una mutua felicidad conyugal. Como ya dije antes, el vizconde apareció en casa de Jurenito al día siguiente de la boda blandiendo un robusto bastón con inequívocas intenciones. Pero el propio Maestro reconoció su error: «Fue imperdonable por mi parte, le envié todo excepto... la yegua; pero creí que tenía usted aquí un amplio número de conocidas. Comprendo su indignación. Sea magnánimo conmigo. ¿Conoce usted acaso a mademoiselle Toinette?». El vizconde dejó caer el bastón, se echó a reír y se fue después de haber tomado algunas direcciones.

En otra ocasión, apareció en el café donde solíamos estar monsieur Bok, un insignificante periodista que durante todo el día buscaba con avidez una noticia sensacional de veinte líneas, pero que se veía obligado a contentarse con noticias de tres líneas sobre robos que le proporcionaba un funcionario de la prefectura, obteniendo a cambio el derecho a visitar cuando quisiera a madame Bok. El periodista empezó a importunar a Jurenito pidiéndole alguna noticia sensacionalista aunque fuera pequeña, algo sobre la revolución en Méjico o sobre los nuevos inventos de mister Cool. El maestro al principio se negaba. Pero por fin, como

era muy compasivo, dictó a Bok algo totalmente insólito, una noticia de éxito inminente: «Extraño crimen. Ayer por la noche, en un concurrido barrio de París, en la rué Saint Honoré, el conocido abogado parisino monsieur Trik, vicepresidente de la Asociación para la Lucha contra la Inmoralidad Callejera, llevó a cabo un infame acto de violencia sobre la joven muchachita Lucie Z. de dieciséis años de edad. Lo más terrible del crimen es que los padres de la muchacha, propietarios de una fábrica de jabón, estaban al corriente del suceso, y se encontraban presentes en el lugar del crimen». Monsieur Bok se fue corriendo, en un estado de entusiasmo sin límites. La noticia fue publicada, y varios días después el periodista apareció en casa de Jurenito con la cabeza vendada. «Me jugó usted una mala pasada. Todo era pura invención. Ese miserable de Trik se había casado con Lucie Z., instalándose el matrimonio en casa de los padres de ella, en la rué Saint Honoré. Me han dado ya tres palizas y aún piensan darme alguna más. No duermo en casa, no he vuelto a aparecer por la redacción y además he recibido una citación del juzgado. Ha hecho usted de mí el hombre más desgraciado de la tierra...» El Maestro replicó: «Amigo mío, estoy profundamente apenado por sus desgracias, pero yo no falté a la verdad. La joven de dieciséis años Lucie Z. no pudo dar su consentimiento de ningún modo, se lo dieron todo consumado, la educaron en la pureza y en la ignorancia. Ella ni siquiera sabía por qué se besa la gente. Había visto a su novio solo dos veces, y le tenía mucho miedo. Sus padres, por supuesto, eran conscientes del crimen...». Bok comenzó a gemir: «¡pero aún así lo cierto es que ellos se casaron!...». «Sólo para librarle a usted de disgustos aún mayores no mencioné en la noticia que en el crimen estaban implicados los representantes del gobierno, es decir el alcalde que legalizó el contrato matrimonial.» Tales argumentos no convencieron a Bok, que se

fue consternado llevándose consigo todo el contenido de los bolsillos de Jurenito, el cual se lo ofreció todo muy amistosamente. El Maestro se puso muy contento al enterarse, una semana después, de que monsieur Trak, contrincante y ferviente enemigo de monsieur Trik, se había puesto al habla con el pobre periodista y le había ofrecido pagarle la indemnización por difamación.

El Maestro decía: «Cuando dos personas se unen para fundar una empresa comercial, se interesan por el capital y por las aptitudes con las que puede responder cada uno, pero no por si les gusta la poesía o si saben jugar al fútbol. Cuando desean plantar un árbol en el jardín no se dedican a reflexionar sobre si la tierra está hecha de cenizas humanas o si es un lugar sagrado, no la admiran como paisaje, y no la evalúan con miras a un próximo comprador, sino que observan si es buena para dicho árbol. Cuando alguien va a comprar una blusa, aunque esta tenga un bonito color y un buen precio, nadie elegiría una talla demasiado grande o demasiado pequeña. Cuando dos personas se unen en matrimonio, lo analizan todo excepto aquello para lo que en realidad se unen. Conocen la dote de la novia y si tiene cucharillas de plata, cuánto cobra el novio y si hay posibilidades de que le suban el sueldo, si le gusta jugar al *bridge* o no, si ella sabe hacer *foie-gras*, si tiene un buen corazón, si es sana y afable, si conoce lenguas extranjeras, etc. Una vez averiguado todo esto no se dirigen a una oficina, ni a una institución benéfica, ni a un examen de filología, sino a un amplio y confortable lecho, bajando pudorosamente los ojos. Y después nos asombramos ante la elevada estadística de “fracasos matrimoniales”. ¡Oh!, hipócritas padres y maridos, alegres matrimonios que arrastráis la alegría terrenal por las manoseadas carpetas del notario, vendedores de mercancías precintadas, y vosotros, que bisbiseáis ante los

contratos matrimoniales todo tipo de palabras sublimes, sacerdotes, pastores, popes y rabinos. ¿Quién podrá no enrojecer ante vuestra presencia?».

El Maestro nos presentó en Sévres al matrimonio Nolvot. Ambos eran entomólogos, es decir que lo que más les gustaba en el mundo era observar orugas. Aparte de esto eran jóvenes, simpáticos, nada feos, y vivían en un confortable apartamento, donde había muchos botes de vidrio con gusanos junto a estatuillas de porcelana y jarrones con flores. En una palabra, tenían toda la apariencia de ser felices. Por aquel tiempo éramos vecinos y nos encontrábamos a menudo con ellos. A través de cierta amargura, casi imperceptible, en algunas de sus palabras y movimientos, nos dimos cuenta de que no todo era felicidad en aquella encantadora casita. En efecto, poco tiempo después el señor Nolvot hizo al Maestro las correspondientes confesiones. Resultaba que los esposos se amaban tiernamente y sentían una auténtica y mutua afinidad y comprensión, sentados todo el día ante larvas destripadas, y por la noche leyendo, para descansar, las enternecedoras elegías de madame de Noailles. «Nuestras almas están hechas la una para la otra —decía Nolvot—, pero...», y de una manera vaga se refería a aquello sobre lo que los moralistas actuales y los santurrones permiten hablar solo en el despacho del psiquiatra o en un juicio, es decir a la fatídica desarmonía de sus cuerpos. Esto mataba su alegría, y transformaba la pasión en un tributo pagado por dos presidiarios. Una vez hubo escuchado estos lamentos, el Maestro presentó al pobre científico a mademoiselle Ville, la cual por aquel tiempo había terminado definitivamente con su argentino y con frecuencia nos proponía que le presentásemos al señor Nolvot. Según parece el sufrimiento de los esposos había sido largo y desmesurado, pues el asunto comenzó a marchar a un ritmo muy rápido.

Dos semanas después, al volver de París después de una cita con Ville, Nolvot no podía ocultar una sonrisa de plena satisfacción. La señora Nolvot, aunque parezca extraño, eligió a Aisha, y tampoco, a juzgar por el relato de nuestro ingenuo hermano, lo tuvo que lamentar. Según parece debió de alcanzar la felicidad absoluta. Pero la pareja, en vez de ocupar su tiempo libre, tras sus continuos encuentros con mademoiselle Ville y con Aisha, en continuar observando larvas y leyendo poemas, se entregaron a reflexionar sobre el amor espiritual y el no espiritual. Un día, el señor Nolvot le llevó a Ville una colección extraordinariamente interesante de larvas, halladas por él en las distintas clases de quesos, exigiéndole que compartiera con él su entusiasmo ante las tripas de estos seres. De este modo consiguió ahuyentar definitivamente y para siempre a su amante. La señora Nolvot por su parte decidió leerle a Aisha los sonetos sobre el amor de las ninfas griegas y cuando este, arrullado por su voz, se durmió, ella empezó a sollozar: «No comprendes la belleza del espíritu...». Todo esto transcurrió más o menos ante nuestros ojos, ya que ni el señor Nolvot ni Aisha se distinguían por su discreción. «Aquí tenéis otro ejemplo más de la muerte de Eros —nos dijo el Maestro—. Nolvot quería a la vez los besos y una relación espiritual, y sacó del bolsillo sus larvas. Y todo porque está educado en la comprensión del sexo como algo bajo, no como el salón sino como el vestíbulo, y traicionando su propio cuerpo, su entusiasmo y su amor regresó a la señora Nolvot, para acariciarla sin pasión, sin deseo y sin alegría, solo porque después de haber pasado la noche con ella, por la mañana se encontraba con una relación espiritual, dos microscopios y un librito de poemas encuadernado en terciopelo.»

En cierta ocasión destruimos otro portentoso ejemplo de felicidad familiar en Milán, donde visitábamos con frecuencia la casa del diputado Strecontini. Era este un



individuo enclenque y enfermizo, pero se creía un intrépido revolucionario, un enigmático constructor de nuevos caminos, en una palabra, algo similar a Brand convertido en marxista. Al tiempo que se arrancaba el cuello de la camisa, transpiraba de tal modo que no daba abasto a quitarse el sudor, golpeaba con el puño una elegante mesita de estilo Imperio, y peroraba contra «el sentido de la propiedad» y el «mezquino género de vida» del actual burgués. Su mujer, una gorda italiana, escuchaba estos discursos con una sonrisa casi imperceptible, como si estuviera deseando hacerle ciertas observaciones bastante jocosas. Mientras le escuchaba miraba cada vez con más frecuencia y ternura a Alexei Spiridonovich, que en aquel momento sufría su habitual período de desilusión por la vida. Una de aquellas prometedoras miradas fue sorprendida por el camarada Strecontini, el cual, interrumpiendo sus incriminaciones a la «maldita propiedad privada» en el más patético momento, envió a su esposa, según creo, a resolver un asunto en la redacción y se dispuso a esperar, de una manera muy expresiva, a que nos fuésemos. Por la noche, Alexei Spiridonovich recibió una carta: «Ciudadano, yo le tomé por un hombre honrado, por un socialista ruso y le admití en mi casa. Pero ha violado usted las más sagradas costumbres y ha osado importunar a mi esposa. Por ser enemigo de los prejuicios burgueses no le reto a usted a duelo, pero le ruego que no vuelva a aparecer por mi casa. Un saludo socialista. Strecontini».

A través de esta carta, Alexei Spiridonovich supo de los sentimientos de la mujer del diputado para con él y por eso, cuando al día siguiente vio en el *Avanti* la declaración: «Ángel mío. No prestes atención al tirano. Soy tuya. ¡Ven a las tres a la galería!» —(la rapidez de la declaración y la economía de palabras indicaban la experiencia de la señora Strecontini)—, Alexei Spiridonovich comprendió a

quién se refería, dejó de lado su pesimismo y se dispuso a afeitarse. Al Maestro le hizo cierta gracia este pequeño acontecimiento. «¿Qué vas a hacer, Alexei Spiridonovich? ¿Has olvidado que el enemigo de la propiedad posee no solo un lujoso apartamento con su elegante mobiliario, sino también una esposa? Así pues, la esposa o el marido son como las cosas, mío, tuyo, de otro. El atentado contra esto se considera un robo, y es sancionado por la ley. Como se hace con un buen armario de madera que ya no se usa, pero que tampoco se desea que lo utilicen otros, el marido coge la llave y la pone en un cofrecito. La esposa por lo general, como la cama, debe estar nueva y servir solo a su dueño. No has tenido esto en cuenta, bandido, no eres un ciudadano sino un criminal, un violador de los sagrados derechos del más grande revolucionario del mundo».

El Maestro nos llevó un domingo al londinense Hyde Park. «Mirad aquellos, que aunque pueden no les está permitido.» Sobre la hierba estaban sentadas algunas parejitas de jóvenes. Estos novios y novias se ven obligados a esperar durante largos años la boda, hasta que el joven se “establezca en la vida”, es decir, hasta que sea más o menos viejo. Podrán verse en su casa, pero solo ante personas extrañas, o bien los días de fiesta, en el parque, donde intentan, aunque esto les sea imposible, saciar toda su pasión acumulada. Tienen grandes ojeras y los ojos muy turbios por el deseo. Como criminales se agitan sobre la hierba, atormentados durante horas entre declaraciones a medias y tenues roces, mutuamente enardecidos por sus furtivos besos. Así pasarán cinco y hasta diez años, y cuando ya estén cansados y pervertidos por todos estos subterfugios, y quizá enfermos a causa de los obligados vicios, entonces sus padres, que también perdieron su juventud y alegría sobre la pisoteada hierba, amablemente darán su consentimiento: «Ahora es el momento», les dirán.

Estas parejitas acudieron a la memoria del Maestro en otra ocasión, cuando entrábamos en un tugurio de París, en la rué Pigalle: «Aquí vais a ver a aquellos otros a los que les está permitido, pero que no pueden». En un salón, tras sus jarras de cerveza, estaban sentados tranquila, decorosa e indolentemente los pacíficos burgueses. Se me quedó grabada la cara de uno de ellos, que llevaba una cintita roja en el ojal. En un rincón cercado y enrejado del salón, entraban hombres y mujeres desnudos que lo hacían todo con detalle. Se parecían a los pobres salvajes de los tiempos pasados y recibían diez francos por sesión. Poco a poco, excitados por el espectáculo, los buenos burgueses empezaban a removerse, unos prorrumpían en risitas y otros baboseaban excitados: «¡Oh! ¡Si parece un toro...!». De la habitación contigua salían corriendo unas muchachas, que rápidamente arramplaban con los huéspedes. El señor de la cintita en el ojal aguantó apático más tiempo que ninguno, y ya casi al final pidió que le permitieran irse con él a un individuo de los que participaban en la exhibición.

A principios del año 1914, en Londres, se publicó la *Enciclopedia del Amor Mecánico*, algo así como un «Kamasutra» actual. Por descuido de la imprenta, este libro fue a caer en el almacén de cierta «Sociedad Evangélica», la cual, aprovechándose del desorden de las primeras semanas de la guerra, destruyó toda la edición. Sólo se salvaron seis ejemplares, uno de los cuales, que yo conocía muy bien, se encontraba en el «Infierno» de la Biblioteca Nacional de París. Este libro se había elaborado con la colaboración de las prostitutas más viejas de la ciudad. Como es sabido, en París las mujeres de dicho oficio no son valoradas en su juventud, permaneciendo en los cafetines baratos de la orilla izquierda en condición de alumnas. Sólo cuando llegan a los cuarenta, cuando ya han perdido su juventud y belleza, pero han adquirido el arte, se ponen de

moda y se hacen valiosas y poderosas. Las mujeres más veteranas fueron las que colaboraron en la «Enciclopedia», y Jurenito aceptó de buen grado escribir el prólogo. He aquí cómo finalizaba: «Habéis hecho de la vida un arte, una difícil ciencia, una compleja máquina, una magnífica organización. No os sorprendáis, por tanto, si en el amor os encontráis con el fenómeno de que el arte sustituye a la ingenua espontaneidad y las diversas caricias mecanizadas a los tristes besos artesanales. Vais a pasar dieciséis minutos a casa de vuestra amante, mirando el segundero para no salir con retraso. En la puerta os espera vuestro automóvil. Corréis a la Bolsa, donde habéis vendido a un banquero de Melbourne las acciones de unas plantaciones de algodón en Bujará, y luego vais al aeródromo para asistir a un torneo internacional. No esperéis después de esto que la Sulamita os reciba. No. Encontraréis ante vosotros una bella y bien acabada máquina, el último grito de la técnica, que os ofrecerá durante dieciséis minutos cualquiera de los 13.806 placeres descubiertos hasta el presente, lo que no es inferior a vuestro aparato de radio, a vuestro soberbio Ford ni a vuestra bañera eléctrica».

Julio Jurenito también nos contó cómo había organizado en México una «Agrupación de Prostitutas para la ayuda a las damas de sociedad». Las prostitutas, al ver con qué envidia las observaban en el café las «damas virtuosas», y a fin de corresponder a las distintas empresas filantrópicas de las mundanas señoras, se dirigieron a ellas patrocinadas por Jurenito con el siguiente llamamiento: «Queridas colegas, nuestro análogo trabajo es igualmente duro y exige solidaridad. Si nosotras sufrimos a causa de la variedad, vosotras, entregadas al eterno disfrute de vuestros maridos, que con frecuencia os resultan repulsivos, realizáis un trabajo no menos duro. Por eso hemos decidido acudir en vuestra ayuda. Aquella de vosotras que guste de las caricias

de su marido puede hacer la correspondiente declaración en nuestra “Sección de defensa del matrimonio”. Limitaremos el derecho de asistencia a nuestros establecimientos de dichos maridos a una sola vez al mes, obligándoles además, mediante un recibo formal, a dedicarse a sus esposas no menos de treinta y seis noches al año. Pero existen otras de entre vosotras que ansían en vano las alegrías del sexo. Nosotras, entre miles, a veces encontramos uno, dos, tres, un pianista, un chulo, un huésped ocasional, pero estas pobres se ven condenadas a los tormentos de la prisión. Organizaremos para ellas unos “martes” especiales, prometiéndoles guardar el secreto, y una inspección por parte de la Agrupación de los más dotados de nuestros huéspedes». Jurenito nos dijo que «el grupito» gozó de un éxito sin precedentes, pero que medio año después fue descubierto por la policía y arrestaron a su presidenta.

Citaré a continuación el discurso del Maestro en el «Congreso Internacional de lucha contra la prostitución», que tuvo lugar el año 1911 en Filadelfia: «Muy señores míos, sé que mis palabras provocarán protestas y tal vez indignadas reacciones, pero considero indispensable cumplir con mi deber de ciudadano y salir resueltamente en defensa de la prostitución. Nuestra sociedad descansa sobre el principio fundamental del libre comercio, y no puedo permitir que ustedes atenten contra este sagrado principio de la civilización. Por supuesto que respeto su deseo de exaltar la dignidad del cuerpo humano, pero nadie aquí puede negar la existencia de la razón y del espíritu. ¿Por qué después de prohibir la prostitución no cometéis otros actos de locura, sublevándoos contra el derecho del periodista a venderse cada noche a unos honorarios por línea? ¿Por qué no os planteáis el acabar con esos diputados, que distribuyen entre sus electores los distintos bienes terrenales, o con los misioneros que recompensan a sus neófitos con algo muy

diferente al maná del cielo? Es sagrado el derecho a disfrutar del propio cuerpo, y el derecho a venderlo por oro o por billetes. La prostitución es uno de los más claros exponentes de nuestra cultura, y yo propongo no solo el no luchar contra ella, sino ponerla bajo la protección de las leyes internacionales, e incluirla en el número de las más respetables instituciones, en las mismas condiciones que el Senado, la Bolsa y la Academia de las Artes. Pido que se someta inmediatamente a votación mi propuesta: cambiar el nombre de este congreso por el de “Asociación Internacional para el Fomento de la Prostitución”». Con la ayuda de un policía, Julio Jurenito fue expulsado de la sala de reuniones.

El Maestro nos hablaba con frecuencia del amor carnal del hombre futuro. Era como si atravesara la espesa niebla de los siglos. Nosotros, maravillados, nos estremecíamos ante la indestructible grandeza de los cuerpos humanos unidos entre sí alegremente; no aquellos cuerpos fofos y deformes que estábamos acostumbrados a ver en las casas de baños, sino otros nuevos, duros como el acero y a la vez libres y descarados. Nos decía que el camino hacia ese festo futuro era largo y difícil. Será preciso atravesar la negación del amor, la denigración del cuerpo, su ocultación bajo la ropa, el coito por prescripción. Llegará el momento en que el hombre en vez de besos dará a la mujer una probeta de farmacia. Pero después de esto, él mismo o sus biznietos reunirán los confusos recuerdos atávicos y el ansia de crear el mejor de los mundos en un plácido abrazo que nunca hasta entonces habrá tenido lugar.